

UNAMUNO Y PORTUGAL

*¿Qué tendrá este Portugal—pienso—
para así atraerme? ¿Qué tendrá esta
tierra, por de fuera riente y blanda,
por dentro atormentada y trágica? Yo
no sé; pero cuanto más voy a él, más
deseo volver.*

MIGUEL DE UNAMUNO.

Delfim Santos, uno de los más interesantes espíritus en la Península de nuestros días, subraya en su excelente «Meditação sobre a Cultura», la tesis de *la unidad del mundo ibérico*, del siguiente modo:

»É frecuente considerar-se a nossa cultura como forma derivada da cultura latina. Se, de-facto, fômos forçados a assimilá-la, mantivemos, contudo, sempre uma certa originalidade na realização dos nossos próprios valores, que nos distingue e diferencia de outros tipos de civilização. Há qualquer coisa de original nas nossas formas de vida e de pensamento, que nos compete defender e desenvolver. *Há um tipismo ibérico e nele uma forma de ser português*» (1).

Ante los ojos de algún observador europeo o americano, que tentó comprender con *intelligentia*, la Península ibérica, las palabras de Delfim Santos significarán tan sólo el profundo y lapidario resumen de una verdad que nunca ha podido parecerle dudosa. Desde Europa no puede considerarse la Península sino unidad histórica, cultural y *emocional*, unidad de «tipismo ibérico», porque—de otro modo—no tiene sentido alguno ni histórica, ni cultural, ni emocionalmente. Sin embargo, el mismo observador,

(1) DELFIM SANTOS: «Meditação sobre a Cultura». *Rumo*, Revista de Cultura portuguesa, 1946, pág. 37.

estando una vez en la propia Península, y ante todo, en Portugal, por lo pronto descubrirá que la idea de un «tipismo ibérico y en ello una forma de ser portugués» es allí una tesis más que discutida, así que los más grandes representantes del «iberismo» de nuestros tiempos tuvieron que defender tal idea con toda la fuerza e ímpetu de su sabiduría y temperamento. Pienso así en la obra del portugués Oliveira Martins, y ante todo, en la del español Miguel de Unamuno.

Miguel de Unamuno, en ese dominio, era un continuador de Oliveira Martins, continuador en el sentido creativo de este término. Delfin Santos dice, pensando en Portugal, con toda la razón: «Urge para a compreensão deste problema o estudo da morfologia da cultura ibérica, que Oliveira Martins iniciou, mas não teve continuadores» (2). Y aunque tenga Delfim Santos, en cuanto a su patria, toda la razón, ya en España cambia el aspecto de las cosas, desde un cierto punto de vista.

La magnífica propaganda espiritual y literaria de Unamuno, en cuanto toca al problema de convivencia de los pueblos peninsulares, se basa expresamente en ideas de Oliveira Martins. Seguro que sus pensamientos con respecto a la unidad de los pueblos ibéricos no hubiesen llegado a los mismos resultados si su autor no hubiera conocido la *Historia da civilização ibérica* y la *Historia de Portugal* del gran historiador del pueblo hermano y vecino.

Unamuno expuso su fe en la unidad de los pueblos peninsulares —entre otros testimonios— en un curioso pequeño libro de peculiar interés y de carácter bastante insólito. Es el libro: *Por terras de Portugal y de España*, una colección de artículos periodísticos tratando del tema de los paisajes y ciudades ibéricos, tema que tanto inquietaba al gran vasco, ya desde el brillante capítulo sobre el paisaje castellano, en su *En torno al casticismo*.

A la primera vista, no aparece ante el lector de ese libro nada más, sino una serie de agudas e ingeniosas notas, frutos de los viajes del autor en el espacio y en el tiempo de Portugal y de España. Pero gradualmente se abrirá la peculiar gracia de la composición, magníficamente unamunesca, en la cual llegan a expresión todos los elementos del «tipismo ibérico», a la manera de temas musicales dentro de una unidad polifónica.

(2) *Ibidem*.

La lectura empieza con un fino pequeño ensayo sobre el poema *Constança*, de Eugenio de Castro, y es un supremo arte cómo Unamuno sabe evocar, en este artículo de periódico, aparentemente tan sin pretensiones, los más característicos componentes del alma portuguesa. El propio poeta es para Unamuno «el delicadísimo», y quien conocía portugueses de alto rango y valor espiritual no podrá negar que esto es—y únicamente esto—el epíteto para caracterizarlos. Y surgen—uno tras el otro—, en el curso de este ensayo, los matices más nobles del carácter portugués: su «dulzura» y *saudade*, el «culto al dolor» y lo «crepuscular» de su incomparable nobleza «lírica».

En una gran imagen, el lector se enfrenta al «amoroso y elegíaco» Portugal—sobre ella aún hablaremos más adelante—, para nunca poderla olvidar.

Y Unamuno, ese singular artista, ya tiene preso a su lector, quien ya no puede sino amar a Portugal, «patria de los amores tristes y la de los grandes naufragios».

En el segundo ensayo, sobre *La literatura portuguesa contemporánea*, el tema no cambia mucho, pero el aspecto de tratarlo, bastante. Ya surge el tema de la triste interrogación, o sea: el problema de la separación de los «íberos»: «yo no sé qué absurdo sino nos ha mantenido separados en lo espiritual». En la caracterización aparecen entrando nuevos matices; la conciente idealización de lo portugués, que vimos en el capítulo anterior, mantiene su validez; sin embargo, da lugar, al mismo tiempo, a una crítica, pero a una crítica «desde dentro». El poeta portugués, Antonio Nobre, ha de pronunciar por primera vez en este libro la convicción del autor en cuanto al ser portugués: «Amigos, ¡qué desgracia haber nacido en Portugal!», en el país cuyo pueblo «no sabe sino llorar o burlarse».

Y no es sin honda significación que precisamente este capítulo invoque a Oliveira Martins, cuya *História da civilização ibérica* «debería ser—según Unamuno— un breviario de todo español y de todo portugués culto». Sí, porque con todo lo que se puede decir criticando a lo portugués, ese país «merece ser estudiado y conocido por los españoles». Y en este punto, aunque sólo para un momento, se abre una perspectiva de la mayor envergadura, en cuanto el autor pregunta: «...¿son en la República del Plata tan poco y tan

mal conocidas las producciones literarias... del Brasil, como aquí... las de Portugal...?»

Y así pasamos al tercer capítulo.

Hablando Unamuno aquí sobre *Las Sombras*, de Teixeira de Pascoaes, se presenta un aspecto nuevo, quizá inesperado ante los que no conocían nada de lo esencial de ese país. «En aquel rincón» de Amarante, casa solariega de Teixeira de Pascoaes, surge de las honduras del olvido el Portugal más atrayente y más telúrico—más auténtico, verbigracia—, el «padre del Portugal navegante y heroico», el «Portugal campesino y sencillo». Y qué bien colora y aumenta este ensayo la hermosísima metáfora del Ulises-Portugal, que aún nos ocupará más adelante; y la breve, pero subrayada mención del *Amor de perdição*, de Camilo Castello Branco, de que Unamuno dice ser «uno de los libros fundamentales de la literatura ibérica!». Ibérica y no portuguesa: Unamuno tiene razón de formular su opinión sobre este libro de esa manera. Y el lector, que viene desde el capítulo anterior, sabrá ante qué fondo hay que poner esta idea de Unamuno.

En éste, *La literatura contemporánea portuguesa*, hay mención—por supuesto—de Camilo Castello Branco. El *Amor de perdição*, dice ahí Unamuno, es «la novela de pasión amorosa más tierna y más profunda que se haya escrito en la Península y uno de los pocos libros representativos de nuestra común alma ibérica. Confieso: tal elogio me parecía exagerado, durante mucho tiempo; en cambio, hoy en día, considero esta frase el punto de partida de toda clase del pensar literario de nuestro tiempo. Sí, porque el *Amor de perdição*, juzgado con las normas de una estética general, seguramente no es una obra maestra para la sensibilidad racional de un europeo o americano moderno, sin embargo, «la común alma ibérica» queda expresada en esa pasión amorosa tan profunda e intensa, de una manera única, así que el europeo, emocionalmente menos dotado que el ibero, debe aterrorizarse o sonreírse a su lectura. Y por eso mismo—por ser expresión *adecuada* de una peculiar sensibilidad—el *Amor de perdição* es un libro eterno, como la común alma ibérica, que él expresa, también lo es.

Hasta tal punto llegó el genio de Salamanca en sus «andanzas» portuguesas, cuando un suceso espantoso le dió la oportunidad de abrir otras capas del alma lusitana. El día 1 de febrero de 1908,

anarquistas portugueses mataron al rey y al heredero del trono, en la calle de Lisboa.

Unamuno, pues, escribe su «Épitafo».

¿De quién? ¿Del rey? ¿Del regicida? No, él habla sobre Portugal.

La caracterización dada por él a ese regicidio era la más profunda que, en absoluto, se puede dar a este cambio del destino portugués: «... esto ha sido un suicidio».

Ese pueblo, aparentemente tan sufrido y resignado, tan pasivo y apagado, llegó a matar, en un momento de desesperada erupción de sus entrañas, «atrocés y violentas», al rey, ese «Falstaff» cínico, que le despreciaba, que le chupaba la sangre...» La ira más terrible es la de los mansos.» Pero llegó a cortar—y para siempre—su propia tradición, ya hace siglos en decadencia. Entonces Unamuno sentencia: «esto ha sido propiamente un suicidio», terminando así: «descanse también Portugal en paz...»

Con ese «épitafo» sobre el regicidio nos parece que el autor haya llegado a la esfera más profunda de este libro, desde el punto de vista de una auténtica comprensión del destino histórico. En el quinto ensayo—escrito en tierras portuguesas—Unamuno define el regicidio, «última escena trágica de la historia de Portugal», historia, de que dice en la misma frase, haber sido «siglos hace, un continuado naufragio». Aquí, en este capítulo, el autor basa concientemente sus ideas en las de Oliveira Martins, «el único historiador» de la Península, «que merece tal nombre». Una larga citación de los *Perfis* de este último está destinada a explicarnos el contenido espiritual que, después de esa «última escena», aún ha sobrevivido en Portugal.

Es la sombra de una tradición: el «doloroso prazer» y la «dúvida fatal» en una absurda creencia, a la cual, «en un momento único de intuición genial», dió su forma eterna Almeida Garret, en su *Frei Luis de Sousa*. Es «la tragedia portuguesa», aunque en ella, «la poesía destruye el arte», o por eso mismo... «Garret—y así transcribo las palabras del historiador portugués citadas por Unamuno—vió por dentro al hombre y sintió el palpitar de las entrañas portuguesas. ¿Qué oyó? Un coro de aflicciones tristes, una resignación heroicamente pasiva, una esperanza vaga, etérea, en la imaginación de una moza tísica y en el desvarío de un escudero sebastianista».

Con Don Sebastián—que su pueblo espera vuelva, hasta la

fecha, como esperaban a Artús, estando él «Encoberto» en una isla, como Artús en Aballón—se abre la perspectiva hacia las raíces celtas de esta historia terminada, de la cual no sobrevive nada más, sino la «dúvida fatal» de la esperanza sebastianista, según la inolvidable expresión de Almeida Garret: «... esa *vis íntima* de los celtas sumisos», y he aquí nuevamente una palabra de Oliveira Martins, que no reconoce la realidad, se huye entre sueños nebulosos, y siendo imposibles vida y libertad, se entrega «al sentimiento innato de la rebeldía». Sí, porque ser portugués es ser soñador sebastianista, pero es también—al mismo tiempo—, ser participante en «la fiesta del 10 de diciembre, en que se estalla la retórica anticastellana...» «Un odio arcaico, absurdo», subraya con toda la razón Unamuno, que amaba a los portugueses. Pero no hubiera sido él auténtico español, lo que era, y España no fuera el cuerpo vivo, lo que es, si faltara de este capítulo la siguiente frase: «... aún tenemos alguna más fe en nosotros mismos: No esperamos en la vuelta de ningún don Sebastián».

Sin embargo, el mito sebastianista quedaba como último residuo de la tradición histórica de esa nación. Su mayor poema, hoy en día, es, por eso mismo, el *Frei Luis de Sousa*, clásico monumento de esa esperanza, y no *Os Lusíadas*, la orgullosa epopeya nacional, escrita a las últimas luces de crepúsculo de la misma nacionalidad. Citemos también aquí a Unamuno: *Os Lusíadas* son—según él—«un poema henchido de todos los lugares comunes del Renacimiento internacional europeo...; en *Os Lusíadas* apenas se transparenta el primitivo espíritu campesino portugués». Esta epopeya es la desviación del mayor genio lírico de la Península; es una equivocación de género literario. Piénsese un Hölderlin o un Keats, redactando la *Guerra y Paz* de Tolstoy. El resultado debiera ser un monstruo. Lo son *Os Lusíadas*, a pesar de los brillantes detalles líricos de la obra: oasis en un desierto, que el poema lo es para un lector nacionalmente no obcecado. Esta epopeya es un producto de desesperación nacional del indudablemente mayor genio de la época; si uno quiere: sí, ella es realmente una señal de final decadencia. «Un epitafio»—decía Oliveira Martins—. Y es otra vez Unamuno quien juzgaba bien en cuanto a la literatura portuguesa: la auténtica expresión de su sensibilidad no es Camões—si no fuere acaso su lírica—, sino las coplas medioevales con su inolvidable melodiosidad, las crónicas «homéricas» de Fer-

nán Lopes, y Garret, con su único *Frei Luis de Sousa*, y, sobre todo, «Camilo Castello Branco, con su ingente bagaje de novelas de una sentimentalidad morbosa, pero fuerte».

Y no deja de ser significativo que en el capítulo siguiente el autor nos conduce a *La pesca de Espinho*, y nos muestra en una descripción realmente homérica, ese Portugal, el Portugal auténtico, el Portugal sencillo y campesino, y no el otro, el Portugal pomposo y espectral, el de los manuales históricos, el de sus «tan gloriosas como malhadadas odiseas». *La pesca de Espinho* es un cuadro lleno de vida, de no alegre, pero heroica vitalidad de un pueblo, viviente aún, siguiendo a las imágenes mortuorias de una nación, cuyo epitafio ya hacía tres siglos y medio lo escribía su mayor poeta:

«... a pátria... que está metida
No gosto da cubiça, e na rudeza
D'uma austera, apagada e vil tristeza!»

Del ensayo *Las ánimas del Purgatorio en Portugal* conduce el camino a través de este capítulo del sencillo heroísmo de pobres pescadores a los capítulos llenos de humorismo y verdadero amor hacia Portugal.

Porque en Portugal—si no nos ocupamos de los temas más sublimes de ese pueblo trágico (e imposible es siempre ocuparnos exclusivamente de lo trágico), y si no nos hacemos conmovir por la melancolía y elegante nobleza, por la fina y morbosa ironía de los mejores de esa nación (e imposible es siempre estar con ellos, porque lo trivial de la calle es divertido y atrayente en lo sancho-pancesco de su *aparecer*)—en Portugal hay que reírse, aunque no con sarcasmo, que es la actitud del cínico, sino con humorismo, que es la del amante. Y es precisamente este humorismo de un enamorado, este amor de uno que jovialmente se divierte sobre lo zozco de los demás, lo que hace tan simpáticos los tres capítulos, que aquí siguen: *Braga*, *O Bom Jesus do Monte*, *Guarda*. Y es este último, en que el gran mago invoca en nosotros, nuevamente, la otra imagen: «¿Qué tendrá este Portugal—dice— para así atraerme? ¿Qué tendrá esta tierra, por de fuera riente y blanda, por dentro atormentada y trágica?» Hemos llegado aquí otra vez, a la interrogación trágica, que constituye lo irritante del problema por-

tugués para todos los que se han enfrentado con simpatía a él.

A la pregunta que hemos citado, el mismo Unamuno contesta, en el capítulo siguiente, con estas palabras: «... es un pueblo triste... Y de aquí el encanto que para algunos tiene, a pesar de la evidente trivialidad de sus manifestaciones exteriores». Y con esta respuesta, que contiene—entre lo triste y lo trivial—toda la tensión característicamente portuguesa—y recuérdese, que el luto es siempre algo irritablemente trivial, para no hablar de pompas fúnebres—, ya que estamos ante la meta de las consideraciones unamunescas sobre Portugal. «Un pueblo suicida» llamaba Unamuno a los portugueses. De veras: es escalofriante la triste enumeración de los mejores de este pueblo, que acabaron suicidándose: Antero, Soares dos Reis, Moucinho de Albuquerque, Trindade Coelho... «Y decidme: ¿lo de Buiça el regicida, no fué un suicidio en rigor?»

Y con una formulización tan característica de este autor, sigue la sentencia: «Don Carlos fué un suicida, que Buiça le suicidó».

«Cuando pienso que sobre nosotros pesa una herencia trágica, secular, de una ignorancia pútrida...—así cita Unamuno una carta de un portugués, dirigida a él—mi espíritu se ennegrece y me siento adentrado de un pavor indecible, tal vez absurdo...» «... fué toda una raza que se suicidó...» «... *esto* no es ya un pueblo, sino el cadáver de un pueblo».

¡Terrible confesión!, terrible, porque hecha por un portugués. Y un último capítulo, tratando de la visita del autor a Alcobaça, sepulcro de Inés de Castro, ha de reconciliarnos con las verdades conmovedoras del anterior... «Portugal—pregunta entonces Unamuno—que como Inés, ha amado mucho y ha amado trágicamente bajo el yugo del Destino, ¿no reinará también después de morir...?»

Y con esta interrogación temerosa y poética, como el verso sepulcral de una virgen casta, abandonamos la esfera nublada y triste de Portugal; «la vegetación se agiganta», y «estamos en la región tan hermosa, tan espléndidamente dotada por Dios..., tan abandonada de los hombres». Estamos en España.

Sí, con una tonta e ingenua adulación Unamuno nunca ofendió y humilló a su patria; sabía chicotearla, porque la amaba de veras; sin embargo, el tono ha cambiado; la atmósfera ha crecido; y se siente que del suelo brota vida. Estamos en España.

«España ha tenido un proceso mucho más homogéneo de lo que se cree, una verdadera continuidad espiritual íntima, y esto

es precisamente lo que le da más valor y más consistencia...»

Y el lector, que ha venido desde Portugal, involuntariamente debe pensar en el desarrollo de este país, en que se hallaba todo, salvo continuidad, así que el proceso histórico portugués parece una escasa serie de erupciones volcánicas, que entre sí no liga nada, sino su carácter violento.

O sería el proceso portugués menos cortado y más continuativo si uno lo contemplara desde España, como parte integrante del «alma de España de todos lugares» Esa España de todos lugares comprende, desde luego, a Portugal, pero, expresándose así, el autor pensaba más lejos:... «estaba pensando... en la Argentina, que también es España... Sean cuales fueren los cruces de razas, sea cual fuere la sangre material que a la primitiva se mezcle, mientras un pueblo hable en español, pensará y sentirá en español también.» «La lengua es la sangre del espíritu.»

Y de este mayor conjunto de la Hispanidad, inesperada y repentinamente volvemos a los montes y valles del país vasco. ¡Qué bien!, dejar «la épica melancolía» de la gran historia de la Gran España, bajando sobre el vital manantial de la tierra nativa de don Miguel. Es el gran secreto de España y de todas las Españas: la confundidora duplicidad de las patrias, que, en un primer tiempo, cuesta de comprender a un no-español. Pero, ¡qué fortaleza íntima es eso: ser un vasco y un español, a la vez; ser un castellano o un andaluz y un español, a la vez; ser un argentino y un hombre hispano, al mismo tiempo!...

Y... «¡Portugal y Cataluña! ¡Qué mundo de reflexiones no provoca en un español el juntar estos dos nombres!»

No obstante, se conoce también el revés de este sentimiento. En La Laguna de Tenerife, en medio del Atlántico, entre continentes, adonde ya soplan los vientos del gran mundo hispánico, le ocurre a Unamuno este verso de un poeta canario: «Mi patria no es el mundo, — mi patria no es Europa, — mi patria no es España; — mi patria es una choza, — la sombra de un almendro...» Entonces se ríe el gran vasco y dice riéndose: «¡Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro! Acabará por ahorcarse de él». El mismo — en cambio — camina en direcciones opuestas. Pensando en la «brava casta indígena», que ha poblado estas islas antes del Descubrimiento, establece un contacto africano-canario-hispánico — en el cual creía también Oliveira Martins que

llegó a ver un faraón en Felipe II y una pirámide en El Escorial — y considera en la sangre berberisca «la primitiva roca étnica de España», diciendo: «Pues yo me complazco en creer que en el fondo seguimos los españoles todos... siendo berberiscos...» Y en cuanto a los indígenas de la Gran Canaria, plasma entonces la realmente monumental frase: «Eran españoles sin saberlo y antes que España viniese a turbar su secular siesta».

En estos últimos capítulos surge y se hunde y surge otra vez, como un estribillo, el tema de los Conquistadores, el de la epopeya hispánica; y nosotros, nuevamente, tenemos que pensar en un poema polifónico de música. De la Gran Canaria hay que volvernos, por causa de este mismo tema, a la cuna de Pizarro, la ciudad de Trujillo, en la Extremadura, para ver y comprender en su real aparición al hombre extremeño — y de aquí era oriundo también Hernán Cortés —, porque «el que no conozca algo de estas gentes, apáticas al parecer, violentas y apasionadas en el fondo, mal puede explicarse aquella nuestra epopeya».

Y al pensar en esos hombres, «irritables y a la vez apáticos», es imposible que no surja ante nuestros ojos la imagen de carácter de los portugueses. Son hondamente parientes todos los iberos, y por eso mismo quedará notable el autor de aquel famoso e infeliz libro, titulado: *Portugal não é ibérico*, como cometedor del más grande error posible en cuanto al ser histórico portugués...

El regreso al tema de Portugal domina este capítulo sobre Trujillo. La Extremadura tiene su continuación — así afirma el autor — en el Alentejo portugués, y su trágico verano posee su descripción — característicamente — en el libro de un portugués, «lo más trágicamente sugestivo que se haya escrito en la Península...»

Antes de entrar en Trujillo, el viandante había de atravesar el Tajo, y quien ha estado ya en su vida sobre márgenes de grandes ríos, como son el Rin o el Danubio, recordará, que por ningún fenómeno del paisaje — ni aun por la montaña — se representa, con tanta decisión e ímpetu, el hado histórico de los pueblos, como por un grande y poderoso río. Unamuno, el que descubrió para el pensar histórico y filosófico el paisaje de sus patrias, está conmovido a la vista de la «fuerte y marcada personalidad», que le habla del «son del canto secular del río», que aquí se abre «paso valientemente, luchando a brazo partido, rompiendo peñascos, por entre las Portilleras». Pues le aclama: «¡Bravo luchador! Bien merece

aquella su augusta y majestuosa muerte, aquella su imperial desembocadura de Lisboa». Porque Unamuno ha visto «al Tajo cuando, próximo a morir, ensancha enormemente su pecho, allá en Lisboa, para recibir en él las aguas en que va a confundirse, para llenarse de mar antes de en el mar perderse...»

El Tajo: el último símbolo —el más hondo— del ser portugués, del ser peninsular, quizá. El Tajo, rompiendo peñascos, allí arriba, entre las Portilleras, aún recuerda al juvenil caballero de las Reconquistas, que vino a ocupar y a descubrir todas las tierras que Dios ha creado; y se abre paso, y habiéndolo abierto, va más despacio, descansando, hacia la bahía de Lisboa. «Tiene el río —dice Unamuno— su infancia, su adolescencia, su madurez, su vejez y su muerte; tiene sus horas de angustia y de tormenta, sus horas de descanso, sus horas de desfallecimiento...» «... ¡y entra en Portugal a morir rindiendo sus fatigadas aguas al Atlántico!»

A morir... Quien habla de Portugal, ese singular país del ocaso, que no conoce la visión del sol naciente de la mar, debe entrevistarse, sea en la forma que fuere, con la muerte. Unamuno sacó las últimas consecuencias de esa situación histórica, que no tiene su par en Europa y plasmó el epitafio: «Descanse Portugal en paz». Sin embargo, Portugal no ha terminado de existir, aunque su existencia ni se asemeja a la de las otras naciones. Un problema sorprendente e interesantísimo se plantea aquí. Para comprenderlo, hay que volver a la tesis de Unamuno, que vió en el regicidio del 1908 la «última escena... de la historia de Portugal».

Como ya dije, tal idea —la del terminar de una historia nacional sin haber terminado a la vez la vida del mismo pueblo— se basa en semejantes pensamientos de Oliveira Martins. Ese gran historiador subrayó con toda la vehemencia de su temperamento *ibérico*, la tesis que definió terminada la historia nacional *portuguesa*. Pudo hacerlo, visto que había podido considerarse en sus entrañas, en primer lugar, no como portugués, sino como ibero; solamente de ese modo es comprensible la vitalidad de su obra; el hecho de que su «vivisección» no se ha cambiado —también— en un «suicidio».

En el segundo tomo de su *Historia de Portugal*, en el capítulo que narraba la trágica hazaña de la «Jornada de Africa», se hallan las siguientes palabras terminantes, del mayor significado:

«Acabavam, ao mesmo tempo, com a pátria portuguesa, os

dois homens—Camões, D. Sebastião— que nas agonias dela tinham encarnado em si, e numa quimera, o plano da ressurreição. Nesse túmulo que encerrava, com os cadáveres do poeta e do rei, *o da nação*, havia dois *epitáfios*; um foi o sonho sebastianista; u otro foi, é, o poema dos *Lusiadas*. A pátria fugíra da terra para a região aérea da poesia e dos mitos (3).

Y la misma idea, aparecida aquí en forma más bien poética, como epílogo de la patética empresa del último caballero de Europa, encuentra su fundamentación de modo más científico ya en el primer tomo de la misma obra:

«Como aos fenícios sucedeu aos portugueses—dice ahí Oliveira Martins—: no momento em que a razão de ser da sua acção na civilização da Europa desapareceu, a nação definho, sumiu-se, perdendo tudo, até perder a independencia» (4).

Y antes:

«Negar que durante os tres séculos da dinastia de Aviz a nação portuguesa viveu de um modo forte e positivo, animada por um sentimento arraigado da sua coesão, seria um absurdo. Essa coesão que fôra ganha nas lutas e campanhas da primeira dinastia, perde-se no XVI século... Portugal acaba; *Os Lusiadas são um epitáfio*» (5).

En el 1879, año en que apareció la *Historia de Portugal*, estas y semejantes ideas de su autor debían ser enormes novedades, casi incomprendibles en la época del optimista nacionalismo liberal. Desde Spengler, en cambio, el citado pensamiento del historiador portugués ya posee unas ilustraciones de mayor envergadura; y, al mismo tiempo, hay que tener en cuenta, que las naciones europeas, después de la II Guerra Mundial, entraron en una época de su existencia, que—por lo menos al momentáneo parecer— asemeja téticamente a la situación de lo portugués después de Alcazarquivir...

En todo caso, Spengler ya conoce el fenómeno de las historias terminadas de aún vivientes pueblos. Sus ideas acerca del *consensus*, de la «segunda religiosidad» y de los *Fellachenvölker* pertenecen

(3). OLIVEIRA MARTINS: *Historia de Portugal*. 12.^a ed., Lisboa, 1942. Tomo II, pág. 69.

(4). OLIVEIRA MARTINS: o. c. Tomo I, pág. 28.

(5). OLIVEIRA MARTINS: o. c. Tomo I, pág. 22.

a la explicación que él quiso dar a dicho fenómeno. Lo más importante empero, hélo dicho aquí:

«Historische Völker, Völker, deren Dasein *Weltgeschichte* ist, sind allein die Nationen. Man verstehe wohl, was das bedeuten will... Was um 1500 in Mykene und Tiryns lebte, war noch keine Nation, im minoischen Kreta war man es *nicht mehr*. Tiberius war der letzte Herrscher, der eine römische *Nation* geschichtlich weiterzuführen, sie für die Geschichte zu *retten* suchte, Mark Aurel hat nur noch eine romanische Bevölkerung verteidigt, *für die es wohl Begebenheiten, aber keine Geschichte mehr gab*» (6).

Sí, tal «nación terminada» aún negocia, pero ya no hace historia: ya no representa *destino* ni para sí misma, ni para las demás. Compárese, para tener un ejemplo clarilocuente, tanto para el primero como para el segundo caso, el papel de Salazar en Portugal y el de la guerra civil en España.

Y en este sentido de la palabra, lo de Buiça, realmente, no fué sino «la última trágica escena de la historia de Portugal, que es, siglos hace, un continuado naufragio». Es decir, Buiça se atrevió, inspirado mucho más que por la tradición de su pueblo por la ideología de un anarquismo internacional, así lo expone su testamento, que Unamuno cita, a ser destino para su rey y para sí mismo. Sin embargo, los Cola Rienzi son—en una Roma que ya no hace *historia*—figuras aisladas y tragicómicas...

Al reinado de ese rey asesinado da la trascendente ilustración la *Pátria*, de Guerra Junqueiro, gran sátira en forma de un poema dramático, indudablemente uno de los productos más notables de la literatura europea en el último centenar de años. El poeta poseía coraje y sinceridad de sacar las últimas consecuencias de la situación de su pueblo. La figura simbólica del ser portugués es para él la del *Doido*, el pobre loco «inofensivo», que quedaba envenenado de manera diabólica...

«Envenenaram-no, eis o facto, eis a verdade.
E às escuras, extinta a mortal claridade,
Louco autómato errante, alma cega e funérea,
Veio andando através do tempo e da miséria...»

(6) OSWALD SPENGLER: *Der Untergang des Abendlandes*. München, 1923. Tomo II, pág. 204.

Luego sigue, en ese poema, la completa renegación de todo el gran pasado portugués, la de la gloria de *os Descubrimientos*, que ya también ante los ojos de Oliveira Martins no era sino la enorme equivocación de la historia portuguesa. Al mismo tiempo, al pueblo «que ha vuelto de América derrotado en su encontronazo con el de Robinson», le va a ser indicado el camino, el «de dedicarse a cuidar y cultivar su hacienda, a alumbrar pozos y trazar canales para regar sus resecaas tierras...», con una palabra: el de «hacerse pastor», regresando a la actitud de los tiempos anteriores a la temeraria empresa de conquistar los «tenebrosos mares».

«Minha glória!... infâmia e vergonhas
De ladrão, de pirata e de assassino!»
.....
«Nunca nascido houvera o resplendor
Do dia, em que no abeto milenário
Pus o gume do aço com furor!»
.....
«Fôsse eu ainda o camponês adusto,
Lavrador matinal, risonho e grave,
D'alma de pomba e coração de justo!»
.....
«Nunca de feitos meus cantasse a História;
Ignorasse meu nome a voz da Fama
E a minha sombra humilde a luz da Glória!»

Y la nación, el *Doido*, queda crucificado y expira en la cruz. «O castelo do rei... evaporou-se» ... él que sólo sobrevive es un «aldeão senil e vagabundo»:

«Dum povo exilado ficára êle só cadáver ambulante, espectro bisonho, a chorar num ermo, *com o netinho nos braços*. Aproximando-se da cruz, *reconhece o doido...*»

Sí, lo reconoce, y en ese reconocimiento se revela, en último análisis, toda la sabiduría esencial de modernos portugueses.

«O homem ocidental—dice uno de los pensadores portugueses de nuestros días—perdeu-se, na sua ânsia de conquista, pelos caminos que descobriu, *e esqueceu-se de voltar a si mesmo*» (7).

Brillante definición, el más profundo resumen—a mi entender y a mi conocer—de la historia de su nación.

(7) DELFIM SANTOS: o. c., pág. 39.

Otro portugués, Castelo Branco Chaves, en un ensayo publicado en el 1944, varía el mismo pensamiento del siguiente modo:

«... o português teve de dirigir tóda a sua actividade intelectual e moral para o serviço de um grande empreendimento mercantil e guerreiro. Até o poema que o canta —*Os Lusíadas*— está ao serviço dêle e por isso, tal vez *seja nulo o valor humano dessa obra estéticamente tão bela*» (8).

Y en el 1946, un notable representante de la vanguardia «nacional» portuguesa, el que, sin embargo, aparecerá, por esta vez, como una «voz no deserto imenso de almas mortas», nos ha dado un corte sorprendente y característico de la modalidad de ser de ese país en el momento actual. Aquí lo transcribo en lo siguiente:

«... ao mais desprevenido observador salta imediatamente aos olhos que a vida portuguesa actual sofre de grande míngua de conceitos. Há socego nas ruas, boas contas, e arrumação das finanças públicas, melhor organização dos serviços estaduais; desenvolve-se o comércio e progride a indústria; alguns sectores da actividade nacional contam hoje com melhores e mais largas perspectivas sobre o futuro. Contudo, não obstante êsta situação favorável, *o português mantém-se estacionário*. O seu patrimonio de conceitos não aumentou entretanto: *é agora o mesmo que era há sessenta anos*».

«Não renovar periódicamente o «stock» de conceitos, é o mesmo que ficar cego para a vida e para o mundo. Mas êsta cegueira tem nome: anacronismo. Na Europa em crise, a ocidental praia lusitana, que foi ilha de paz no orbe em guerra, está a ficar anacrónica —e, precisamente, quando se encontra em curso revolução política que aspira renovar as condições de vida material e espiritual do português! Mas qué?... A velha Universidade, trocada pela rotina a sua ideia madre, limita-se a ser instituição velha. E os raros amantes do estudo e das letras, sem encontrar no ambiente estímulo e possibilidades de actuação eficaz, erguem debalde a voz no deserto imenso das almas mortas...» (9).

Todo ese *reconocimiento* de la situación portuguesa no fuera

(8) CASTELO BRANCO CHAVES: «Universalismo, particularismo ou cosmopolitismo». *Litoral*, revista mensual de cultura, 1944. Núm. 1, pág. 15.

(9) A. J. B.: «Paideuma, Paidea, Paidia». *Rumo*, 1946, pág. 287.

posible sin el enorme influjo de Oliveira Martins y de Miguel de Unamuno sobre los pocos espiritualmente despiertos y preocupados que viven en ese país. E importa poco que dichas personas se consideren a sí guardias de la herencia de los dos grandes iberos, o sean, en cambio, fulminantes regeneradores de sus resultados. El observador descubre sin dificultad el hilo rojo de la pujante idea central, que Oliveira Martins ha formulizado en su *Historia da civilização ibérica*, con un aún juvenil optimismo, para inclinarse en sus obras posteriores a una formulización cada vez más pesimista. Unamuno ha adoptado la herencia del gran portugués; sin embargo—a mi conocer—, no llegaba a las mismas positivas conclusiones que Oliveira Martins había exigido. Quizá el indiferentismo español, «the almost complete annihilation of Portugal in the Spanish mind», que con razón subraya Madariaga, y la realmente noble actitud de Ganivet con respecto a la discusión luso-española (10), también desempeñan un correspondiente papel en cuanto a las formulizaciones unamunescas que tenemos analizadas en el presente ensayo.

El descubrimiento de la causa—o por lo menos de una de ellas—del peculiar problema portugués, hay que agradecerlo al discutidísimo ensayo del conde Keyserling, en su *Spektrum Europas*. Keyserling, con relación a la Península ibérica, por un lado, es un pariente espiritual del gran vasco, cuyo lugar en el espectro de la cultura moderna él lo ha designado con segura mano y con palabras significativas («Miguel de Unamuno, der europäisch bedeutendste Spanier, welcher lebt, und der bedeutendste Spanier überhaupt seit Goya», etc.) (11), y por el otro, fué él, el que llamaba la atención de la Europa Central para la obra de Oliveira Martins. En cuanto a la diagnosis de la situación portuguesa, sin embargo, Keyserling sigue completamente las huellas de Madariaga.

«In the sixteenth century—dice éste último—Spain and Portugal were two separate kingdoms thinking more or less vaguely of union, their kings even scheming for it, and, at the same time, curiously linked up by a subconscious feeling of common «Spanish-

(10) SALVADOR DE MADARIAGA: *Spain*. London, 1931, págs. 331-332.

(11) GRAF HERMANN KEYSERLING: *Das Spektrum Europas*. Stuttgart-Berlin, 1931, pág. 95.

ness», which somehow or other underlies all peninsular life at that time» (12).

Esta situación ha terminado para siempre con la secesión de Portugal en el 1640. Y Madariaga continúa:

«The magnet is no longer Castile, but England. In Portugal this change brought about deep spiritual affects» (13).

Y esto es precisamente el punto de que Keyserling sacará su conclusión:

«... nun trennte sich Portugal nicht allein endgültig von Spanien ab, es sagte sich von ihm los. Damit tat es einen tiefen, nie wieder geheilten Schnitt durch seine Wurzelsubstanz...» (14).

Lo que de esto sigue es una de las más ingeniosas sentencias de Keyserling:

«Wer in sich Tiefsten abschneidet oder verdrängt, verliert sein Gleichgewicht und lebt im jähen Wechsel letztlich ohnmächtiger Extreme aus, was sich sonst als machtvolle Einheit auswirken würde» (15).

Con toda la razón insiste Keyserling en que esta su definición explica gran parte de la actual forma de aparición de lo portugués. Pero añade a esa observación la siguiente idea, y es precisamente ésta la que se puede considerar como punto final de las meditaciones acerca del destino de ese pueblo y de ese país:

«Aber wie keiner je durch einen äusseren Choc verrückt wird, der dazu nicht die Anlage hatte, so bestand das portugiesische Disparate grundsätzlich von jeher, seitdem die Nation sich als solche konsolidiert hatte, und dessen Sinn gehört zum Interessantesten und Bedeutsamsten, was mir auf dem Gebiet der Völkergeneration und -filiation überhaupt begegnet ist» (16).

Nuestras consideraciones en cuanto al destino portugués conducirían lógicamente a una sola solución posible. Pero la vida no es lógica. Quien observara la situación ibérica desde afuera, desde los puntos de vista de la gran política mundial, descubrirá que el poder y los intereses de Inglaterra mantendrán estacionaria esta situación. Y desde dentro, se llegará al mismo resultado.

(12) SALVADOR DE MADARIAGA: o. c., pág. 326.

(13) *Ibidem.*

(14) GR. H. KEYSERLING: o. c., pág. 278.

(15) GR. H. KEYSERLING: o. c., pág. 279.

(16) *Ibidem.*

No queda entonces sino el destino de un camino de muy distinta dirección. Y aquí, en éste punto, hay que volver al libro *Por tierras de Portugal y España*, de Miguel de Unamuno.

El lector, leyendo por vez primera el último capítulo, dedicado a Portugal, de este libro, el de Alcobaça, opinará, tal vez, insatisfecho, que Unamuno escapaba al sacar las últimas consecuencias del ensayo anterior—*Un pueblo suicida*—y dejaba el problema portugués insolucionado, dirigiéndose hacia los senderos de paisajes castellanos, donde «la vegetación se agiganta»...

Pero no es así. La excursión a Alcobaça es, sí, una escapada del Portugal «navegante y heroico», del Portugal de las fachadas juguetonas y pesadas de su manuelino y de su pombalino; pero escapada hacia el Portugal «campesino y sencillo», que aún no ha aprendido a esconderse tras mentirosas máscaras. Y en ese templo románico, en Alcobaça, por fin, se puede estar frente a frente con el verdadero rostro del secular Portugal. El nos devuelve «una impresión de solemne soledad y desnudez». Me acuerdo: Alcobaça da la sensación de algo muy limpio y auténtico. Con Alcobaça es imposible no asociar la libertadora frescura del aire claro de altas montañas. «Y me encontraba solo, rodeado de majestad, como bajo el manto de la Historia.» Y ahí está Unamuno, ante «la grave nobleza de la blanca piedra» de los túmulos, en que «reposan para siempre los dos amantes, juguetes que fueron del hado trágico».

«Y pesa allí aire de tragedia.»

Y entonces se le parece la linda Inés, la española, amante del rey portugués, «un símbolo prefigurativo, un augurio» de «la historia de Portugal», que «también hace llorar».

Sí, hace llorar y conmueve, como toda la historia que ha pasado a la poesía. La historia en cuanto está sucediendo no hace llorar. Da vergüenza. Da la terrible vergüenza de ser obligado a pertenecer a la raza de esos ladrones, asesinos y presuntuosos tontos, que se halagan a sí mismos con la ridícula denominación de «Homo sapiens». ¿No es, acaso, horror y vergüenza toda la historia de *Os Descubrimientos*? ¿Toda esa sangrienta aventura de mercenarios enloquecidos? ¿No es, acaso, terrible cómo hubo que terminar—apuñalada alevosamente—la linda Inés?

Pero de la mar de la sangre, que es el progreso humano, como trágicas flores, brotan los símbolos. Pequeña consolación para la

linda Inés; sin embargo, la única digna herencia que la posteridad puede poseer.

«... caía la noche; yo iba fuera viendo una estrella que había allá, arriba, en el firmamento portugués; y ella trazaba mi hado: serás poeta y desgraciado; así dijo y así fué» (17).

Portugal, ese pueblo emocional y elegíaco, lírico y patético a la vez, posee como único—a mi conocer—en el actual Occidente europeo un viviente «humus» poético; grandes recordaciones de simbólico valor brotadas del pasado: «fragmentos de existencias anteriores»—como diría Goethe—: los de Inés, los del Descubrimiento y los de Don Sebastián.

«Vede que fresca fonte rega as flores,
Que lagrimas são a agua e o nome amores.»

En el poseer de ese inagotable manantial poético se manifiesta, otra vez, algo céltico en el espectro de la composición del portugués.

También los celtas, hundidos ya en un remoto entonces como «naciones» *históricas*, dejaron su rica herencia mítica a los pueblos de Europa, que se ha poblado en el Medioevo con cuentos y fábulas de origen celta. Así, Portugal.

«Un día Ulises dejó la esteva del arado para ir a la guerra, hizo del leño de sus bosques un corvo navío de negra proa, convirtió la esteva en remo y partió a luchar, y, rendida Troya, volvió a sus lares y de nuevo el remo se hizo esteva, y por las noches, cabe el hogar, contemplando el onduleo de las llamas de fuego que le recordaban el vaivén de las olas marinas, contaba a sus hijos y nietos los trances de la guerra y de sus errabundas navegaciones. Así, Portugal.»

Y entre estas narraciones que nos ha de contar, se halla no solamente la fabulosa información acerca de Ulises, fundador de Lisboa, sino también un viviente mitologema: el mito sebastianista, quizá el único mito aún vigente en todo el mundo moderno; mito éste, que por su parte, no es sino la imagen del «héros revenant», que la enorme sacudida de la catástrofe africana hizo resurgir de las esferas donde la tradición céltica anida en el subconciente del alma colectiva portuguesa.

(17) ANTONIO NOBRE: citado por Unamuno al final del capítulo sobre Alcobaca.

Solamente en el conocimiento de tal mito viviente entre los portugueses, se podrá comprender y estimar, en toda su delicadeza y significación, la definición de Delfim Santos sobre el mito, que es la *definición portuguesa* de ese fenómeno espiritual, determinada por la constante presencia del Sebastianismo, en el subconciencia de cada portugués.

«O mito não é uma ideia, nem um valor —dice Delfim Santos— mas um momento projectivo da natureza utópica, que consubstancia e congloba todas as forças vitais de um povo, na realização de uma empresa, ou exprime com o máximo de profundidade os interesses mais recônditos, que animam um povo na consecução dos seus fins» (18).

Estos «intereses más recônditos», expresados por «un momento proyectivo de naturaleza utópica», prueban y comprueban «o carácter mítico da cultura» (19), designación que recibirá toda su profundidad y todo su valor también desde el punto de vista portugués.

Por su «común alma ibérica» lo sintió—presintió y consintió— Miguel de Unamuno. Por eso indicó el camino a tomar para los portugueses no en cualquier dirección política, ni en una del pensar escuetamente lógico, sino, subrayadamente, en la de lo poético-mítico. Puesto que Unamuno—como se descubrirá pronto—era ante todo y sobre todo *poeta*, él no se podía limitar al sólo indicar del camino, sino que invadió con su vehemente temperamento y lo ha poblado, en seguida, con las figuras míticas de su propia imaginación. Y la «común alma ibérica», que cantaba en sus entrañas, como en las de sus hermanos lusitanos, hizo que la imagen que reproducía, pudiera llegar a ser la más profunda expresión mítico-poética, que, en general, poseen los modernos portugueses.

«Representaseme Portugal como una hermosa y dulce muchacha campesina que de espaldas a Europa, sentada a orillas del mar, con los descalzos pies en el borde mismo donde la espuma de las gemebundas olas se los baña, los codos hincados en las rodillas y la cara entre las manos, mira cómo el sol se pone en las aguas infinitas. Porque para Portugal el sol no nace nunca: muere siempre

(18) DELFIM SANTOS: o. c., pág. 37.

(19) *Ibidem.*

en el mar que fué teatro de sus hazañas y cuna y sepulcro de sus glorias.»

Como se ve, la visión—aunque en forma prosaica, más azarosa y menos pura, por ser expuesta al influjo del pensar científico y logicista—se presenta con la tenacidad de algo que brota desde dentro, y con el carácter de lo concreto, que es propio a lo vivido. La figura de mujer, su actitud de estar sentada, la de hincar los codos en las rodillas, sus pies descalzos, la espuma de las olas, la mirada del sol muriendo surgen ante los ojos del poeta de una manera penetrante e impresionante.

Todo esto: la visión mítica de Portugal conservará sus concretos elementos, vividos y mirados, también en verso, con la diferencia, con todo, que ahí, en el soneto de Unamuno sobre Portugal, la trascendente y eterna validez de la visión alcanza su última, énea formulización, posibilitada por la forma poética.

La dulce campesina se ha cambiado en una magnífica matrona, una figura de Sibila, visionaria trágica y majestuosa—aunque no del futuro, sino del pasado—. Y es *esta* la forma en que nosotros, gente moderna, integramos en *nuestro* ser y en *nuestra* historia, *el mito de Portugal*.

Del atlántico mar en las orillas
desgreñada y descalza una matrona
se sienta al pie de sierras que corona
triste pinar. Apoya en las rodillas

los codos y en las manos las mejillas
y clava ansiosos ojos de leona
en la puesta del sol; el mar entona
su trágico cantar de maravillas.

Dice de luengas tierras y de azares
mientras ella, sus pies en las espumas
bañando, sueña en el fatal imperio

que se le hundió en los tenebrosos mares,
y mira cómo entre agoreras brumas
se alza Don Sebastián, rey del misterio.

MIGUEL DE FERDINANDY.